



Lic. Manuel Frómata Lores Profesor-investigador de la
Facultad de Agronomía del
Centro Universitario de
Guantánamo Cuba.

PROBLEMAS teórico-PRACTICOS DEL DESARROLLO SOCIAL RURAL EN CUBA.

RESUMEN

El acceso al desarrollo, a la civilización, es un reto de la humanidad en general, ya sea con fines absolutamente nobles, ya sea por presiones del curso del desarrollo social o económico que hagan inaplazable cierto concurso de acciones sociopolíticas en consecuencia. El atraso relativo del campo respecto a la ciudad aparece como una preocupación particularmente importante dentro de este ámbito general, con más imperiosidad lógica en los países subdesarrollados. A todas luces, estarían justificados los esfuerzos supremos por mejorar las condiciones de vida en aras de un desarrollo socioeconómico de las poblaciones rurales.

Las transformaciones en la montaña buscando lograr estos objetivos tiene su impacto, no solo positivo, sino también sus consecuencias negativas. Por eso la evaluación del carácter de estos cambios tiene gran importancia pues permitiría rectificaciones importantes en la política, y en ello radica la importancia de estas investigaciones.

Hacer o no las transformaciones, cómo hacerlas, qué carácter deben tener, son interrogantes que se responden en esta ponencia resultado de una investigación sociológica realizada en Sabaneta, Guantánamo, donde el Plan de Desarrollo Integral de la Montaña ha tenido un despliegue considerable.

En las montañas vive aproximadamente el 10% de la población del planeta, pero la mitad de la humanidad depende más o menos directamente de los recursos que ofrecen, como el agua, la energía, los minerales, los bosques o los lugares de esparcimiento. Esa es la razón de que la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo (CNUMAD), celebrada en Río de Janeiro en 1992, consagrara el capítulo 13 del Programa 21 al desarrollo de los ecosistemas montañosos (UNESCO, Sept. 1994, p. 35)

También es una buena razón para que nosotros emprendamos un estudio en torno a las especificidades de los problemas que aparecen en estas zonas de nuestro país.

INTRODUCCION

El discurso político de la humanidad de hoy contiene perennes alusiones a la transición al desarrollo. Disímiles intereses se mueven en torno a la transformación del estatus de pobreza y atraso de continentes, regiones, naciones, comunidades, colectividades... Más pese a la diversidad de intenciones, en todos los casos la superación del subdesarrollo y el atraso presupone siempre un mejoramiento de las condiciones de vida de las poblaciones.

Si de acuerdo a la concepción que se tiene hasta hoy del desarrollo, es un hecho que de manera natural las regiones campestres queden a la zaga respecto a las ciudades– consideradas como los motores más importantes del progreso (Korimov y otros, 1984, p.295)– , entonces en el plano intranacional la preocupación de marras se traduce como diferencias entre la *ciudad* y el *campo*.

En el caso de Cuba, el contraste ciudad–campo ha sido una preocupación política de la que no han escapado las montañas, en las que se manifiesta de manera extrema de esa discordancia.

Los enormes esfuerzos, unidos a los cuantiosos recursos que ha dedicado al Revolución al mejoramiento de las condiciones de vida en la montaña son elementos que han de atraer la atención de los investigadores sociales, máxime cuando se reconoce oficialmente que ... ***se continuó trabajando en la transformación de la vida y la economía de las montañas y otras zonas mediante el Plan Turquino en el que se obtuvieron indudables avances en el orden social. Si embargo, los resultados en las producciones de alimentos y de café son insuficientes y no se corresponden con las mejoras sociales alcanzadas*** (PCC, Granma 7 Nov., P. 1).

Evidentemente el análisis de este problema tiene un motivo económico muy fuerte y en primera prioridad. Sin embargo, es conocido que los elementos de carácter social, ora objetivos, ora subjetivos, aun en su calidad de funciones de la estructura económica según el presupuesto marxista, tienen un nivel influencia que adquiere en ocasiones una importancia de primer grado. También el marxismo reconoce la independencia relativa de la superestructura, y en un ámbito filosófico más amplio, el carácter activo de la conciencia. La suficiencia de recursos en función de una obra humana no es un factor infalible en la consecución del éxito en sobre ciertos propósitos, del mismo modo que resulta infeliz aquel empeño que no cuenta al menos con los recursos materiales mínimos para su realización. Tal reflexión parece inspirada en la máxima de que “no es posible la vida sin pan, pero <<no solo de pan vive el hombre>>”.

Es presumible que en alguna medida se hayan perdido de vista estos principios, cuando evaluamos que los intentos sociopolíticos de avanzar hacia el desarrollo, de civilizar lo incivilizado se ha traducido casi siempre como un ánimo de urbanizar lo poco urbano de generalizar un estatus metropolitano. Si dejamos a un lado por el momento el carácter profundamente cuestionable de los conceptos “civilizado” y “desarrollado” -no ya en plano economicista sino en un ámbito sencillamente humano-, es muy discutible la viabilidad de este tránsito desde el punto de vista social, aun cuando en algunos casos pudiera serlo desde el punto de vista económico.

Es concebible que si en el sentido de los conceptos antes apuntados se haya acuñado el atraso del campo respecto a la ciudad, entonces esta tendencia general tenga una concreción inevitable en este plano más específico, y que tenga una peculiar manifestación en el caso del “contraste” entre la ciudad y la montaña.

A los problemas específicos que pueden entrañar estos intentos de nivelación en el plano de la cultura, de las actitudes, de la conducta de los hombres que a tal nivelación son sometidos incluso voluntariamente, esto es, convencidos de la bonanza de las innovaciones en las montañas cubana, están dedicadas las reflexiones que siguen.

Es comprensible que, según la postura marxista, los cambios sociales ocurridos en la montaña desde el triunfo de la Revolución estén determinando un cambio en el estilo de vida serrano, y que sea menester un estudio científico en aras de hallar las causas y ponerle remedio. Nuestra Facultad de Montaña no ha de evadir su responsabilidad y ha de prestar su contribución a la solución del problema en cuestión.

<p>I. HACIA UNA ESTRATEGIA DE DESARROLLO PARA LAS MONTAÑAS CUBANAS.</p>

Qué estrategia adoptar para el desarrollo socioeconómico de la montaña.

Ha existido una polémica bastante amplia en torno a cuál ha de ser la estrategia a seguir para el desarrollo rural a partir de sopesar la situación de atraso relativo que tienen estos territorios respecto a los centros urbanos. En la mayoría de los casos no tienen alusiones específicas a la montaña, por lo que es necesario discernir acerca de la aplicabilidad de las consideraciones a la serranía.

A. La primera de estas polémicas corresponde a la Antropología cultural y la Sociología. La controversia gira en torno a un **Modelo lineal para la transición al desarrollo**, que propone, ante todo, transformaciones económicas (Industrialización, fomento del comercio, transferencia de mano de obra), transformaciones sociales (urbanización, emigración), y transformaciones de la cultura y de las actitudes (Rocher, 1977, pp. 574-593).

Este modelo recibe críticas: en el sentido de que la *sociedad tradicional*, término con el que se designa el estatus de pobreza, sería despertada del estado de sopor al progreso económico mediante influencias generalmente externas (Moore, 1963, p. 42). Se critica a Foster, a Smelser y a Rostow, entre otros, la incompatibilidad que aquellos sostienen entre tradición y modernidad, a partir de los errores del modelo en cuestión (Rocher, 1977, pp. 590-92). No obstante los errores criticados, de esta polémica consideramos pertinente extraer el principio de que es necesario tener en cuenta las especificidades de las zonas y regiones; las fórmulas tal vez válidas para unas zonas no lo son para otras incluso en el propio país (Martínez, 1993, p. 81) (Rocher, 1977, pp. 593-598).

B. En torno al desarrollo de A. Latina han surgido ideas y planes en busca de atenuar la pobreza y el subdesarrollo. Se ha basado siempre en un flujo de sumas de dinero que en ninguno de los caso ha resuelto el problema. Las más de las veces suele asociarse el fracaso a un monto de dinero insuficiente en relación con los problemas acumulados que tiene la región, como se recuerda en el caso de la Alianza para el Progreso y otros planes elaborados por administraciones norteamericanas preocupadas por el atraso económico del área.

C. El modelo del campo socialista establecía como una de las regularidades de la construcción socialista, la aproximación del campo a la ciudad; la eliminación de las diferencias entre la ciudad y el campo (Badenkov et. all. 1988). En todos los casos el referente del desarrollo era el nivel alcanzado por la ciudad, siendo el objetivo básico la compensación o equilibrio entre el campo y la ciudad.

D. Modelo o experiencias de China.

La República Popular China tiene un objetivo nacional de <<Construcción global de un mundo rural socialista>> y se caracteriza ante todo por la creación de industrias rurales y ocupaciones colaterales como fuerza dominante. En las provincias más prósperas los excedentes de la producción industrial rural están contribuyendo a la modernización de la agricultura (El Ghomeny, 1984, p. 6). Otros elementos de la estrategia China son la reforma agraria consistente en la distribución de la mayor parte de las tierras a los hogares; la orientación del mercado que permitía a los productores una mayor venta en el mercado libre, y la reforma de los precios que elevó los precios de adquisición de los principales productos (PNUD, 1997, p.55).

Como se observa, todas las posiciones mencionadas se igualan en el punto en que toman como patrón del desarrollo siempre los estatus urbanos. Es decir, que aun bajo mantos y formas distintas asumen siempre los patrones urbanos de vida como el emblema real del desarrollo y de la civilización. Por eso claman siempre por un flujo de capitales como la única forma de lograr la evolución de las zonas deprimidas.

En los últimos tiempos se han difundido con mucha fuerza propuestas de desarrollo rural que pretenden fomentar un desarrollo rural no basado en la introducción de capitales venidos desde fuera, sino basado en el aprovechamiento de los recursos materiales y humanos de las áreas deprimidas en pos de una mejoría socioeconómica. Aunque estas posiciones se han conocido más comúnmente como desarrollo endógeno (Varcarell, Resalt y García, 1986), en él se integran otras terminologías "desarrollo autocéntrico", "desarrollo desde dentro". Aquí se distingue la concepción ecologista que alerta sobre la necesidad de combinar los principios de conservación de los ecosistemas y recursos naturales con los planes de desarrollo social y económicos: el "ecodesarrollo" (Sanch, 1978).

Cuál de estos modelos asumir para el caso de las montañas cubanas, es algo que se ha venido ponderando desde ciertos puntos de vista.

El modelo chino choca con obstáculos cubanos que impedirían su aplicación plena. Por una parte, concebido para el desarrollo rural de aquel país descansa enormemente en la mecanización agrícola, cuestión que tiene muchas limitaciones en los tipos de cultivo de nuestras montañas, especialmente en el caso del café.

Por otro lado, mientras la población rural, mayoritaria en china, presenta aún hoy problemas de empleo, la situación de nuestros campos, y con singular agudeza de nuestras montañas, está relacionada con la falta de fuerza de trabajo a causa de la emigración y de la disminución relativa de la productividad del trabajo. Además, la promoción de industrias rurales y de empleos colaterales puede contribuir a desviar la fuerza de trabajo, ya de por sí insuficiente, hacia labores no agrícolas, como demuestran los estudios realizados (Sicinski, 1983 p. 101) (Morejón, 1991, p.)

El modelo del campo socialista, así como modelo desarrollista concebido para América Latina son extremadamente exógenos, y suponen un monto de capitales abrumador y cuantioso, del que por una parte no siempre se dispone, y por otra puede acarrear impactos perjudiciales, tanto desde el punto de vista de la alteración del ecosistema montañoso, como de las relaciones culturales y socioeconómicas mismas. Podría decirse que estas posiciones no superan ni la polémica ecologista que tan juiciosamente pondera, junto a las urgencias socioeconómicas, los requerimientos medioambientales, como tampoco la de la Antropología y la Sociología en la que se advierte debidamente sobre las consecuencias de las innovaciones no planificadas, contra las secuelas de una urbanización desmedida a espaldas de las tradiciones, de las costumbres, de la cultura, en suma: de las características autóctonas de las poblaciones escogidas para el cambio social.

Las condiciones medioambientales, la cultura de las zonas montañosas, las especificidades socioeconómicas y naturales de los sistemas montañosos, etc., son fuerzas e intereses que confluyen de manera acuciante cuando de adoptar una estrategia determinada se trata; de esta pugna, de la ponderación de todos estos puntos de vista debe brotar inevitablemente la estrategia más adecuada para el desarrollo de la montañas cubanas.

II IMPACTO DE LA ESTRATEGIA DE DESARROLLO SOCIAL CUBANO PARA LA SERRANIA.

2.1. El Cambio social y las modificaciones en el estilo de vida serrano en Cuba.

Las montañas cubanas no han estado exentas de la obra de la Revolución.

En una primera etapa las transformaciones comprenden, la Campaña de Alfabetización, a la que siguió la institución de la enseñanza primaria; la creación de los primeros servicios de asistencia médica gratuitos, incluidas campañas de vacunación, y la creación de los primeros hospitales de montaña; la creación de diversas organizaciones políticas y sociales representativas de nuestro sistema político; el servicio de la Tienda del Pueblo surgido a raíz del racionamiento de los productos; la construcción de carreteras y caminos... El montañés pasaba así en muy poco tiempo, de la aparcería onerosa a la propiedad de la tierra; del analfabetismo y la falta de escuelas y maestros, a la enseñanza en el aula; de la falta de asistencia médica al hospital de montaña; de los caminos vecinales y trillos intransitables a las carreteras; del aislamiento, al correo, a la telefonía y a la radiocomunicación; de la chismosa a la bombilla eléctrica...

¿Qué efectos produjeron todas estas transformaciones en el estilo de vida del hombre de montaña?

Es evidente que si bien todas estas transformaciones dejaron su impronta indudablemente positiva en la psicología, en la conducta, y en general en la cultura del montañés, también se advierte que en la misma medida en que éste iba recibiendo influencias positivas, también recibía, por una parte las influencias negativas características de la vida en la ciudad – como lo son las ambiciones, la relativa falta de familiaridad y de colectivismo y el egoísmo– , y de otra, generaba el espíritu un tanto acomodaticio y reposado en cuanto a la laboriosidad, por efecto de las facilidades, las gratuidades y la seguridad súbitas que llegaban hasta él; el montañés se iba "contaminando" con elementos y rasgos urbanos.

Por lo visto esto es una regularidad lógica en la relación ciudad-campo que resulta del todo inevitable como <<influencia transculturativa de la ciudad>>, no solo por estas personas de procedencia citadina, sino también por aquellos de origen montañés formados o calificados en las ciudades (Foster, 1966/64 p. 72).

La lógica que vamos siguiendo indica, fehacientemente, que todos estos cambios colocan al montañés en una situación diferente, en virtud de que aparecen nuevas opciones de vida, alternativas muy seductoras, incluso dominantes, sobre las escasas o tal vez única que pudiera tener antes. Cambia su ritmo de vida, cambia su actitud, cambian sus costumbres, cambia su estado anímico; cambian sus expectativas.

Pero todo lo ponderado en materia de transformaciones es poco cuando tenemos en cuenta que en el año 1987 se pone en práctica el Plan de Desarrollo Integral de la Montaña, conocido más comúnmente por Plan Turquino Manatí.

Propondremos dos vertientes de enfoque del problema.

Aunque en cualquier caso ocurre siempre que la cultura montañesa es suplantada por la urbana, hay cambios en su estilo de vida que el montañés asimila por preferencia y de manera apacible, pero hay otros patrones que se adoptan con cierta fuerza, que el montañés ha de asimilar un tanto en contra de su voluntad, sino plenamente por la fuerza. Unos cambios son aceptados y preferidos, otros constriñen al montañés a su aceptación.

Es a veces difícil establecer con claridad suma hasta dónde llegan los primeros y dónde comienzan los segundos; acaso el montañés mismo no tiene conciencia de la metamorfosis que experimenta, y no alcanza a distinguir la naturaleza de sus estados.

El que aparezcan, por ejemplo, la electricidad, el transporte automotor, materiales nuevos y modernos para la vivienda, nuevas fuentes de empleo, etc., son elementos, si bien discordantes con el hábitat montañés— máxime si no llegan por evolución gradual sino de súbito y en torrente—, asimilables racionalmente como convenientes o contribuyentes a la mejora de las condiciones de vida. La adaptación discrecional, intencionada, espontánea del montañés a estos patrones ocasionan en él una transformación expresa, palmaria. Por cuanto ocurren en el terreno de la subjetividad, los llamaremos

Cambios Subjetivos Ostensibles¹.

Hay otras influencias urbanas en que, por el contrario, podemos advertir el constreñimiento evidente de las costumbres del montañés, el enrarecimiento y la contrariedad que en él emanan al tener que adoptarlos, y que a manera de ejemplos deseamos se nos permita referir tan solo algunos de una larga lista:

-El establecimiento de una música estridente e incompatible con los compases que solían disfrutarse normalmente— música que llega ya sea por la radio, la TV o en actividades públicas en que quienes bailan son solamente los estudiantes de la universidad y de otros centros educacionales así como los ciudadanos presentes en la actividad y nunca los montañeses— ;

-El ritmo de vida alterado a causa de horarios rígidos y exactos de novelas y de otros programas que imponen los medios de difusión masiva;

-Las instalaciones y servicios creados obligan a adoptar cierta rutina no propia de su vida como, buscar el pan, la leche, ir a la bodega, etc.;

-La radicación de instituciones sociales y de comunidades incrementan la población en el entorno en menoscabo de privacidad, de la tranquilidad, y de la **seguridad** que le inspiraban a entregarse por entero, con todo amor a ciertas labores costumbristas y de sustento, en virtud de la amenaza del robo (C. Nac. PTQ, Feb. 1998a, p.10) (C. Nac. PTQ, Feb. 1998b, p. 22);

-La aparición de preocupaciones relacionadas con el vestir, con el calzar, con la tenencia de artículos para el hogar, con las condiciones de la vivienda², con el puesto de trabajo a que le compulsan el vecino, de la ciudad que vive o labora allí, así como las instalaciones mismas;

-La composición de los vecinos comunitarios no es homogénea; al lado del obrero agrícola vive un trabajador de la salud, o de la educación, o un técnico, o un profesional. Y si bien es cierto que nuestra Revolución ha creado durante bastante tiempo bases muy sólidas en torno a la igualdad de los hombres, no menos lo es que, de bruscamente, son abocados al mismo redil, caracteres, hábitos, costumbres, lenguajes, tradiciones, gustos, en una palabra: culturas diferentes, y a veces incompatibles³.

Estos cambios que en el montañés, se producen de forma compulsada, de manera no buscada, que resultan inesperados y no conscientes lo mismo para él que para los promotores de las transformaciones iniciales de partida, las denominamos **cambios subjetivos sutiles**.

Así como convinimos antes en que unos cambios son asimilados en el montañés por preferencia y otros por constreñimiento, análogamente hay consecuencias lógicas previsibles de las transformaciones, pero hay otras no esperadas.

Las consecuencias (**cambios**) sutiles se caracterizan por ser contingentes, intempestivas, no esperadas. Pero aunque las más de las veces suelen revelarse como no deseadas o desfavorables; si tenemos en cuenta que cuando los hombres son capaces de escoger sendas objetivamente correctas y viables del curso del desarrollo social, pueden influir positivamente en la evolución social, entonces las transformaciones sutiles pudieran resultar también favorables, como veremos más adelante.

Toda esta reflexión no implica que exista un signo de igualdad entre los cambios intencionados o por preferencia en el estilo de vida del montañés y las transformaciones subjetivas sutiles por un lado, y entre los cambios por constreñimiento en el estilo de vida y las transformaciones subjetivas sutiles, por otro. Cuando hablamos de cambios en el estilo de vida serrano –ya sea por preferencia o por constreñimiento– queremos destacar el ángulo del problema que se refiere a la contribución o no, a la cooperación o no que presta el montañés para asumir un nuevo estilo de vida o incorporar otros nuevos dadas la conveniencia o las inconveniencias para su situación material que los cambios le ofrecen o parecen ofrecerles.

Cuando hablamos de transformaciones subjetivas ostensibles y sutiles en el estilo de vida estamos refiriéndonos: a la forma de asimilación de los cambios (apacible o incitada, cuando menos), al carácter de los cambios (apercibibles o enrevesados), y al resultado de los cambios (favorables o desfavorables).

Nos vemos en la necesidad de usar estos conceptos mas complejos en razón de la multiplicidad de los efectos de las transformaciones materiales que tan solo <<en última instancia>> pueden explicar y decir acerca de los eslabones últimos de la complicada cadena. Pero ante todo porque está plenamente probado que muchas veces lo ostensiblemente conveniente no lo es a la postre, al menos totalmente, que la sutilezas no convenientes se mezclan contingentemente con las convenientes y anheladas, y que lo ventajoso para una etapa se trueca en desventajoso y funesto finalmente. Algo así como una relación esencia–fenómeno en que la "apariencia" mixtifica la percepción clara y real de la profunda y valedera esencia... Cuando asentimos con Marx en que <<si el fenómeno y la esencia coincidieran estaría demás toda ciencia>>, se advierte que es función de la ciencia social descubrir, tras las sutilezas que se muestran "ostensiblemente" como convenientes, aquellos elementos que no lo son, y discriminarlos de los realmente convenientes.

Si por ser criaturas tan inferiores los peces suelen pagar con algunas vidas el "aprendizaje" final de la existencia de un peligro letal tras un aparentemente inofensivo y benigno cebo, los hombres, sus organizaciones, sus instituciones, pueden contar con la ciencia para evitar aprendizajes costosos.

Por todo esto hay una buena razón mas que nos fuerza a utilizar los conceptos en cuestión. Los cambios por preferencia, aquellos por los que opta el montañés, y que asume placenteramente, tienen efectos y consecuencias subjetivas ostensibles lo mismo que también sutiles⁴. De igual modo, aquellos cambios por constreñimiento, aquellos a que es compelido el montañés y que son asumidos probablemente con cierto disgusto, pueden tener también ambas consecuencias igualmente.

La Psicología Social y la Sociología han establecido la significación y la influencia que tiene la vida en comunidad en las características y las cualidades de las personas y de las poblaciones estructuradas demográficamente de este modo.

Es conocido que la vida en comunidad y más aún la convivencia urbana, exigen de un comportamiento ciudadano bastante estricto en el sentido del cumplimiento riguroso de ciertas normas de conducta, donde los ruidos, las costumbres y hábitos individuales o representativos de otras colectividades han de ser subvertidos por el orden comunitario. Los ricos que viven en las ciudades detestan y rechazan la convivencia con mucha proximidad a otras personas, reclaman intimidad y tranquilidad familiar.

Sin embargo, yendo un poco más profundo, podemos sentar que esta tendencia tiene algo de natural, y de inmanente a las raíces psicológicas del hombre. De la naturaleza nos viene que los árboles exigen de un espacio vital para cada individuo de la especie, el que es guardado celosamente incluso por los progenitores, aniquilantes sin piedad de sus propios descendientes. Los métodos naturales de dispersión de las semillas, así como los marcos de plantación que determinan en la Fitotécnia moderna una densidad de población límite en la agricultura, concuerdan como manifestaciones de la ley referida. Esta ley aparece aún con más rigor en la vida animal. Los seres que viven en colonias aun cuando lo hacen por un imperativo vital, nunca toleran un incremento sin límites de los miembros de la colonia. Así, en las abejas, en las hormigas y con más rigor en las manadas, existen cálculos bastante de fiar acerca del número de miembros que determina el nivel organizativo de la colectividad de que se trate.

De donde podemos concluir que existe un imperativo que acaso tiende a violar el hombre con el hábitat urbano sumamente denso que se replica en la montaña como parte de un proyecto social oficial. —No es de dudar que también el aislamiento montañés en su modo de vida no es ni casualidad ni capricho, y muy por el contrario una manifestación social de la ley natural en cuestión, acaso subyacente en la esencia misma del hombre e inmanente a ella—.

¿Cómo esperar que aquellas características propias del hombre de montaña persistieran cuando comenzó a vivir y a trabajar en colectividad de manera repentina y creciente?, ¿cuando además esto acontece en una comunidad heterogénea, desconocida y tal vez inquietante a causa de la inseguridad para la continuidad de prácticas tan normales como la siembra y la cría?

Pero, por si fuera poco, en estas comunidades el montañés no encontró solo los problemas y las influencias descritos. Las viviendas no estaban hechas de tablas de palma, de guano, con piso de tierra y letrina. Eran regios edificios de apartamentos: hormigón, tazas sanitarias, pintura, agua corriente, muebles, etc. Es

evidente que estos cambios, que estas innovaciones tienen un impacto negativo en el estilo de vida serrano.

Si a todo esto agregamos el impacto del cúmulo de las nuevas instituciones sociales, que se pierde la costumbre montañesa ancestral de disponer de ciertas plantas y animales para la alimentación, sobreviene, como es lógico, una dependencia absoluta del Estado, o de otras fuentes quizá no legales o, cuando menos poco estables e inseguras de abastecimiento. Se comprende cómo a la par con el "desarrollo" se va creando un hombre de pensamiento, cualidades y de **exigencias** ciudadanos, que su estilo de vida se inclina poderosa y peligrosamente hacia el estilo urbano de vida.

Se inserta así al montañés, en un medio que le es ajeno y que le afecta sobre todo en etapas de escasez; se suscitan inevitablemente, por tanto, los problemas comunes a todas estas poblaciones artificiales, determinados porque la infraestructura existente en la zona no está, – ni puede estar plenamente– acorde con las exigencias de las nuevas comunidades; exigencias que llegan, de repente, a ser equivalentes a las del residente urbano, y en ocasiones superiores.

Es obvio, por tanto, que ya sea por preferencia o forzadamente, la cultura urbana suplanta a la cultura montañesa mediante las transformaciones socioeconómicas; que la asunción de ciertas nuevas prácticas, o el abandono de otras tenidas por él, se están produciendo con las transformaciones mismas, y que de ello emanan ciertos efectos socioculturales negativos incluso económicos.

Si en la concepción de Georg Simmel inscribimos la cultura urbana en el concepto **cultura objetiva**, y los rasgos específicos de la cultura montañesa –en tanto ejercidos y sustentados de manera más aislada y poco social que colectiva- los aceptamos como **cultura individual**⁵, entonces se verifica, otra vez, una nivelación *forzada* de la cultura, un desplazamiento cultural a favor de la cultura urbana.

No es difícil colegir que en cualquier caso la asunción montañesa de prácticas urbanas resulta forzada, en última instancia, aunque sean asimiladas por preferencia: <<la masiva expansión de la cultura objetiva tiene un efecto dramático sobre el ritmo de vida>>, ... **los problemas se originan porque todos estos desarrollos se producen al nivel de la cultura objetiva y son parte de un proceso por el cual la cultura objetiva crece y empobrece la cultura individual** (Ritzer, 1993, p.324).

Es cierto que después de catar algo "mejor" se continúa prefiriéndolo en desdén de lo anterior, pero también es cierto que solo la comparación es el medio estimulante de las transiciones y para los cambios de tendencias.

Cuando lo propuesto como "mejor" es, espontáneo, natural, las mutaciones se asimilan de manera imperceptible y la transición es discreta; cuando son compulsadas, las secuelas son de esperar. Haría falta obrar con la "medida" adecuada, a fin de evitar las secuelas negativas, durante una actuación consciente, planificada.

Cuando hablamos de **mejoría** es preciso tener en cuenta el carácter sumamente relativo del término. Es usual que se piense, se sufra y se decida por otros a partir de patrones ajenos a las personas que se ayuda. No siempre lo que aparece como "mejor", lo es en realidad o al menos en la plenitud del término. Al partir de un patrón determinado —que pudiera ser tan relativo adoptado como patrón, lo mismo que cuestionable—,

es dudosa tal mejoría. A partir de los datos ofrecidos en la Encuesta de la Agrupación Católica de La Habana de 1956-57, que revela los datos que siguen: el 4 % de la población rural come carne, el 1 % pescado, el 2,12 % huevo, el 3,36 % pan, se lee:

Esta es la realidad numérica, pero la realidad viva es más hiriente. Las cifras son incapaces de expresar todo lo que hay de patético en el hecho: una familia que un día y otro se sienta a la mesa, o a lo que haga las funciones de mesa, para comer siempre lo mismo, con ligerísimas variaciones: arroz, frijoles y viandas. Niños y adolescentes que crecen sin tomar apenas leche en la edad en que más se necesita. Las carnes, los vegetales crudos, los huevos (...) Todos ausentes de la ración habitual (E. y Des. , 1972, N 12, p.200).

Verdad que parece en extremo desolador. Pero nótese que siempre se parte de valorar a partir de lo que experimentaría un ciudadano (es quien hace la encuesta), abocado a tales circunstancias. Amen de que en la dieta de estos lugares estaban constantemente frutas frescas y vegetales, a juzgar porque los cítricos, el plátano fruta maduro, el aguacate, el mango, la guayaba, el zapote y otros son todavía hoy abundantes, es oportuno recordar aquí en contra de estos puntos de vista el fragmento del informe de Martínez Campos a Balmaseda durante las campañas en esta zona guantanamera: ***Esta gente está contenta, prefiere la muerte a la esclavitud, reciben aquella con indiferencia, y es necesario concluir con todos ellos; son además muy sobrios y se mantienen muy fácilmente con las raíces como la malanga y la yuca silvestre.*** (Rodríguez, 1987, p. 77)

Es objetable el juicio, incluso absolutamente, desde el punto de vista de su contenido, si tenemos en cuenta que ya hoy la ciencia que se ocupa de la nutrición declara **nociva** la práctica de asiduo consumo de carne, de leche, huevos, pescado, y afirma como innecesario su consumo diario. Parece ser según estos científicos, que deberemos tornar, en buena medida, a los hábitos alimentarios montañoses arriba tan acerba y lastimeramente criticados (Vila y Casate, 1996, p. 103-132).

Los **patrones** urbanos generantes de **expectativas** ciudadinas incongruentes, con la disponibilidad de recursos y con las características del entorno donde son generadas, figuran como condiciones de los contrastes descritos y que aparecen como insolubles.

2.2. Aparición de nuevas expectativas en el estilo de vida montaños por efecto del Plan Turquino.

De manera que se genera un montaños diferente, mixto, alienado; un montaños que responde a su gentilicio más por vivir en la montaña que por su conducta, por su actitud y por sus **expectativas** acaso inconscientes. Ocurre que, como es lógico y regular, existe la tendencia montañesa al fomento de aspiraciones que se exceden de las condiciones y características propias del hábitat, así como de las posibilidades reales de ser alcanzadas suficientemente. De este modo, como prueban los resultados de la investigación sociológica, todas las inclinaciones, las aspiraciones, la conducta y las expectativas del montaños apuntan hacia la urbanidad⁶.

Esta tendencia resulta asimismo regular y lógica en estas condiciones a juzgar por la opinión de científicos

que se han preocupado por el estudio de estos fenómenos relacionados con el estilo de vida en el socialismo. Así por ejemplo el Dr. En un epígrafe dedicado a ***El ciclo de vida. El trabajo y la propiedad*** refiere como tendencia, la asunción de patrones urbanos; inclinaciones a actividades no agrícolas (Sicinski, 1983 p. 101).

En el artículo nuestro ***“Mujer de montaña y transformaciones socioeconómicas en Cuba”*** aparecen datos derivados de un estudio preliminar durante el proceso de recopilación de información, que ofrecen una idea acerca de las expectativas femeninas muy superiores a las de los hombres (N. Del Autor).

Esta regularidad conductual que apunta hacia las aspiraciones y expectativas impropias había sido ya avistado por Marx cuando advertía lo inexacto que resultaba juzgar la actitud y la conducta de los sectores socioeconómicos a partir solamente de sus posiciones económico-clasistas: (Marx, 1973, I, p.47) [(Rojas, 1972, p.23) (Merton, 1964, p.230)]

Toda esta tendencia obedece, en buena medida, al modelo urbano de desarrollo y de modo de vida que se hubo fomentado en la humanidad de hoy. Incluso la regularidad de la construcción socialista referida a la **Superación de las diferencias entre la ciudad y el campo**, era alcanzable solo mediante la urbanización del campo.

Lo que hoy muchos convienen en denominar *invasión de la ciudad a la montaña*, es una reedición de la <<Tragedia de la cultura>>, que con la civilización advertía Simmel a escala macrosocial, y que se aprecia ahora en la montaña, en un ámbito micro⁷.

Son especialmente los cambios subjetivos sutiles en estilo de vida aquellos que se trasmutan en expectativas impropias, en aspiraciones incongruentes con el estatus serrano, y que en el montañés se manifiestan de manera general como un comportamiento citadino

Para las limitaciones financieras lógicas del montañés prerrevolucionario, no existe conformidad ni resignación en el de hoy, por efecto de las transformaciones socioeconómicas ya descritas. Es así como el montañés actual pretende e intenta superarlas mediante fórmulas y asideros en ningún caso relacionados con la actividad económica esencial para la que se concibió el Plan: El Trabajo por cuenta propia, el trueque de productos, las ventas ilegales o no autorizadas.

En ***“La Economía y la política en la época de la dictadura del proletariado”***, Lenin criticaba acerbamente la conducta del campesinado ruso que se aprovechaba del hambre del pueblo para lucrar en beneficio propio, a pesar de que ***Bajo la dictadura del proletariado, el campesino ha empezado, por primera vez, a trabajar para sí y a alimentarse mejor que el habitante de la ciudad*** (Lenin, 1981, III, p.291) [en ***Cuba Socialista*** de 1962 un artículo de Carlos Rafael Rodríguez se evalúa con preocupación esta situación en Cuba.].

Todo esto permite demostrar que, de alguna forma, es una regularidad esta conducta, un efecto lógico del cambio en el estilo de vida, un efecto de las nuevas posibilidades que el campestre tiene a su disposición.

Hay cambios en el estilo de vida del hombre de montaña en relación con el estilo original, por efecto de la influencia de las transformaciones en las condiciones de vida, comprendida la influencia de las personas procedentes de la ciudad que se radican de alguna forma en las montañas. Los más importantes de estos cambios pueden resumirse así:

- Adopción de estilos de vida urbanos caracterizados por una disminución sensible de la intensidad y de la productividad del trabajo.
- Una dependencia significativa de los servicios, de abastecimientos y condiciones infraestructurales que aparecen en la montaña, en dejación de las costumbres de siembra y de crianza.
- Asunción de posturas y normas como, exigencia de medios y condiciones de vida y trabajo comparables a las de la ciudad, la propensión al empleo en actividades no agrícolas y otras aspiraciones y costumbres que se alejan de los requerimientos de vida campestre montañesa. [Solicitan helados, productos de la shopping, servicios técnicos adecuados y perennes, salarios, servicios adecuados y solventes de transporte, reparación de viviendas, etc.]

2.2.1. La tendencia a la emigración como manifestación de las nuevas expectativas del habitante serrano.

Pero es innegable que la manifestación más preocupante de las expectativas impropias es la aspiración a la vida en la ciudad: el problema migratorio.

Si los modelos mismos de desarrollo que se han aplicado en el mundo han tendido siempre a la urbanidad, si la regularidad de la construcción socialista contenía la aproximación del campo a la ciudad como forma de superar las diferencias entre estas dos regiones, entonces es comprensible que otra cosa no pudiera esperarse. La carrera impetuosa por asumir estilos de vida urbanos halla su cumbre en la aspiración a ubicarse en los predios en que tales estilos puedan desplegarse plenamente.

Los informes de las Naciones Unidas reflejan como los principales problemas demográficos, en el orden internacional, la migración hacia el mundo desarrollado, y en el ámbito intranacional, la migración hacia las grandes urbes y en general hacia las áreas metropolitanas.

Se buscan, proponen y ensayan fórmulas para resolver este último problema que ahora nos ocupa, y nuestra sociedad, que no escapa al problema general, ofrece la suya: **Si se transforma el aspecto socioeconómico de la montaña de forma tal que sus moradores encuentren allí (grosso modo) lo que buscan en la ciudad y los aleja del campo, entonces se da por descontado el resultado.**

Hoy vemos que esta idea devenida programa económico-social de magnitudes muy amplias, no ha arrojado enteramente los resultados esperados y que ha propiciado la aparición de ciertas consecuencias negativas en cuestión. Probablemente no se hayan determinado lo suficiente las causas más profundas de la migración, pues los motivos por los que la población rural marcha a la ciudad y afluye hacia la misma son múltiples <<y a menudo bastante oscuros>> (Rocher, 1977, p. 579).

El que el movimiento migratorio en Cuba se haya hecho más intenso en la primera mitad de la década de 1980, prueba que si bien no es acertado adjudicar al Plan Turquino la causa de la migración por cuanto este Plan inicia en el año 1987, las transformaciones socioeconómicas ya avanzadas para esta etapa pueden haber tenido su influencia. Pero si el Plan se concibió ante todo por la alarma del problema migratorio y la repercusión que el fenómeno traía como consecuencia (Erviti, 1991, p.1-2), la tendencia migratoria en los municipios montañosos, empero, no variará y el saldo será negativo, al menos hasta el año 2005, según cálculos del CEDEM (Erviti, 1991, p.5).

Según recientes investigaciones del CEDEM acerca del comportamiento migratorio de los municipios montañosos, aunque el saldo migratorio se dispara negativamente en los años de período especial, el caso de El Salvador resalta por sus índices con creces muy superiores (-27,21) a todos los restantes municipios. El municipio que le sigue en orden descendente es el caso de Yateras con -20,69. Todo esto confirma nuestra hipótesis acerca de lo infundado de la perspectiva de solución del problema migratorio a partir de las transformaciones socioeconómicas mismas.

Un poco de reflexión obliga a que las transformaciones socioeconómicas sean, **incompletas**. Es lógico que no sería posible la recreación en la montaña de las condiciones urbanas absolutamente. Se trata de crear **algo** de la ciudad, no **todo**... Pero visto que la exigencia de ese **todo** por el montañés aparece como consecuencia normal de las expectativas originadas, ya sea a partir de conocer parte de lo urbano mediante las transformaciones materiales, y mediante los ciudadanos ahora en contacto con él como vecinos, como compañeros de trabajo, o como cohabitante temporal.

Si los cambios subjetivos sutiles suelen promover expectativas incongruentes con el hábitat y las circunstancias montañosas, las causas a su vez, de tales transformaciones subjetivas **no esperadas y no favorables**, hay que buscarlas en lo que hemos denominado transformaciones socioeconómicas **incompletas**.

Malestares, estados de ánimo desfavorables, incomprensiones, manifestaciones de inconformidad, enjuiciamientos a las autoridades por no ofrecer más, mejor o igual que en otras partes, figuran entre los efectos inmediatos de este tipo limitado de transformaciones.

No sería justo, por principio, criticar la actitud, y en suma, los estilos de vida sin antes valorar las razones que pudieran explicar esas actitudes, cuando sopesamos que tales actitudes son una función de las transformaciones materiales mismas, como hemos demostrado, máxime si tenemos en cuenta:

- Que buena parte de los cambios subjetivos en el montañés son constreñidos;
- Que los cambios por preferencia se les aparecen como opciones de una tentación lógicamente irresistible;
- Que las expectativas mismas que deploramos son en él inducidas.

A nuestro juicio, la causa del problema radica, no en que la Revolución haya <<acomodado a las personas>>⁸ o en que con las transformaciones socioeconómicas se hayan creado condiciones expresas para ello, sino en que la Revolución no ha podido ser equitativa o no ha podido, de manera simultánea,

resolver los problemas materiales de todos los ciudadanos⁹.

Pero es innegable que en la concepción de los proyectos sociales es necesario valorar y prever cuestiones como estas si ponderamos debidamente la falibilidad de los fines humanos.

CONCLUSIONES

Pero en modo alguno podría presuponerse que las transformaciones subjetivas sutiles pudieran ser siempre desfavorables o negativas, como tampoco que las expectativas o las aspiraciones que originen sean siempre o del todo perniciosas (Rojas, 1973, p. 216).

Por principio tal presupuesto no pasaría de ser más que resultas de una predisposición inflexiblemente lesiva, violatoria incluso de elementalidades de la sabiduría popular como <<nada hay totalmente imperfecto ni algo absolutamente perfecto>>; ya el hecho mismo de que existan cambios operados en el montañés por preferencia propia, aunque ellos sean un imperativo, indica que hay un placer, una inclinación favorable hacia esas transiciones.

Los resultados de las encuestas y entrevistas también arrojan de forma manifiesta, el reconocimiento y la satisfacción de los montañeses por toda la obra de la Revolución en la serranía. ¡Cómo impugnar deliberada y tendenciosamente la política que ampara estas transformaciones!, ¡cómo no reconocer los esfuerzos, el interés, el tesón y la entrega que las han caracterizado!. Estas verdades tienen tal cúmulo de objetividad y constituyen un gesto tan hermoso como loable, que resulta imposible dejar de reconocer aún por el más detractor y acérrimo de los críticos. Incluso desde el punto de vista de la ciencia sociológica, aquellos que critican las <<influencias transculturizantes de las ciudades>> y los que se refieren a las consecuencias de una <<masiva expansión de la cultura>>, reconocen los elementos positivos de estos procesos. No se trata por tanto de un cuestionamiento simplista de un proceder político. Si con carácter prioritario hemos hecho alusión a las consecuencias negativas no es porque las positivas no existan, sino tan solo porque más nos urge mirar <<lo que hay que hacer>>.

Es así como los entrevistados y encuestados se pronuncian favorablemente acerca de las bondades del Plan Turquino, y que tan solo como indirectamente aparecen las inconformidades a manera de consecuencias **no expresadas** y **no esperadas**. Pero una simple mención de los aspectos positivos y de los negativos del Plan de Desarrollo Integral de la Montaña, en tanto proyecto social de desarrollo serrano – si bien pudiera satisfacer curiosidades y avideces político-administrativas inmediatas–, estaría en buena medida huérfano de científicidad y castrado del alcance teórico pertinente. Si una mezcla ecléctica de aspectos nunca es la clave para resolver los problemas teóricos, es necesario siempre, por tanto, el establecimiento del nexo esencial imprescindible entre los aspectos en cuestión.

Así como la etapa feudal fue superada por la era moderna advenida con el Capitalismo (Engels, 1973, II, p.320), las transformaciones socioeconómicas caudalosas que tienen lugar en la montaña, relegan al olvido, al desuso, o cuando menos a un plano secundario, las prácticas, las costumbres, la conducta, los propósitos, del montañés característico de la serranía. Pero así como representó el capitalismo para el medioevo el lapso de las consabidas eclosiones, junto a las soluciones que eran un imperativo epocal, parece ser que las transformaciones contemporáneas que tienen lugar en la montaña se justifican en cuanto demandas lógicas de la etapa en que vivimos, al tiempo que acarrearán las consecuencias desfavorables que hemos descrito.

Si en efecto las transformaciones que ha realizado la Revolución en nuestras montañas han transformado al montañés en sentido negativo, ¿Será procedente continuar con esa política? ¿Interrumpirla, deshacerla o modificarla? ¿Cómo modificarla, en caso de ser esta la opción procedente? ¿Por cuál sustituirla en caso de corresponder esta opción?, ¿se deduce de todas las transformaciones del Plan Turquino la mentalidad y la actitud que esperamos?

Es evidente que no. Pero, ¿es que esperamos nosotros lo que debemos esperar, por ejemplo estilos de vida propios de un hombre de montaña donde las condiciones de vida y las influencias se inclinan hacia la urbanidad?. Tal vez en la manera de evaluar la realidad y de esperar su desenvolvimiento conforme a una trayectoria ideal y preconcebida cuanto rígida, esté la clave para explicar el estado de cosas.

La situación que afrontamos en la montaña nos aboca a un dilema, muy circunstancial, pero dilema al fin: o hacemos las transformaciones y esperamos un individuo urbano, – o cuando menos semiurbano– , o no las hacemos y podremos esperar un individuo rural; o dicho de otro modo hacemos transformaciones socioeconómicas (**incompletas**) ³/₄ y entonces las protestas, los reclamos y las inconformidades no se hacen esperar y aparecen como legítimas en muchos casos—, o no las hacemos, y se verificarían, acaso con mayor fuerza, los problemas que estimularon el inicio de las transformaciones.

Si tanto una y otra decisiones tienen evidentemente sus ventajas y sus desventajas, como en todo dilema la lógica aconseja optar inicialmente por la alternativa menos inconveniente, entendiendo por ello que no es absolutamente satisfactoria, pero en todo caso menos nociva que la otra, es decir, con **menos inconvenientes**. De la manera de afrontar los dilemas en las decisiones sociales aparecen ya elementos importantes en la ciencia social¹⁰.

Que el cambio social no es jamás una negación completa del pasado y la tradición ha de incorporarse y de adaptarse armónicamente a lo nuevo proponen otros (Rocher, 1977, p. 592-593).

También la cuestión Weberiana del **qué hubiera sido** sería recurrente para esta solución. Hay que hurgar, mediante la abstracción, en ambas tendencias, aunque parezca que no tenga <<sentido la comparación>>; se impone la apelación a su <<Sociología comparada>>.

Es así que cuando, por ejemplo, sopesamos la incidencia de las migraciones en caso de no hacer las transformaciones, y situamos tales incidencias frente al estado de cosas que —como reacciones secundarias de un medicamento, las transformaciones nos presentan—, entonces el laudo político adoptado constituye una de esas <<decisiones tomadas a tiempo>>.

Pero cae de su propio peso la sugerencia de armonizar en lo adelante [y en lo posible] la actividad científica y la actividad política como garantía de que los senderos escogidos sean los menos costosos y los menos desventajosos entre los existentes. Y aunque es obvio que esto de los costos y de las desventajas es absolutamente relativo por depender únicamente de las convenciones aceptadas y establecidas, como explicamos en el capítulo I, sería prudente valorar el alcance de los impactos inmediatos a fin de pronosticar y evitar males mayores.

Si bien no es cierto que el camino de la historia estuviere preconcebido, de manera tal que habría de ser andado rigidamente, tampoco cualesquiera de las resoluciones humanas posibles son apropiadas en cada caso concreto. En cuanto cómplice de su propio destino, los hombres se apoyan en el marco circunstancial que las condiciones materiales de la época le ofrecen como legado histórico, y adopta las decisiones que

estima pertinentes entre aquellas que tales circunstancias le permitan adoptar, no solo desde el punto de vista material, sino también desde el ángulo exacto de la generación ideal misma, es decir, desde la arista del acto mismo del pensamiento de la decisión. Esta premisa, junto a la autoimposición de patrones regentes de la actividad del hombre, han de conjugarse en circunstancias como las que ahora evaluamos.

En consecuencia, desde nuestro punto de vista, no hay que asumir una postura extremadamente quimérica y de lamento frente al estado de cosas. Si no es justo culpar al montañés por haber tomado un derrotero no deseable, toda vez que fuimos nosotros quienes con nuestra acción enrumbamos a estos hombres por un sendero relativamente no deseado, tal senda, probablemente, sea inevitable. Las intenciones de los hombres permean de manera ineludible lo que llamamos **tendencia objetiva**, la que tan solo así de objetiva es porque no representa la voluntad de alguien, y nunca porque constituya una predicción de la divinidad o de algún ser por encima del bregar humano.

En este sentido la existencia de patrones y de paradigmas dimanantes de los propósitos de los hombres mismos, son los jueces implacables de las acciones humanas, en tal medida que profanarlos se torna pecaminoso, inadmisibile, imperdonable.

Más si el cambio formal de patrones, si la asunción de paradigmas diferentes de los comúnmente aceptados es una ley del desarrollo del conocimiento científico, entonces la conciencia de esa necesidad es un imperativo para toda labor humana, incluyendo la labor política.

De este modo, las transformaciones subjetivas sutiles, base de las expectativas impropias observadas en el estilo de vida montañés, no son siempre un indicio negativo —aun cuando una percepción de positividad es siempre algo difícil, a partir de la incongruencia que sus secuelas presentan con las convenciones establecidas—, sino que los umbrales de una nueva tendencia, la presencia de un nuevo paradigma, la necesidad de nuevas convenciones, puede estar insinuada con la aparición de expectativas radicalmente distintas y contrastantes, empero, con aquellas reputadas como tradicionales y costumbristas.

Pero si tenemos en cuenta que la percepción de los hombres, así como sus acciones individuales, o incluso grupales, no siempre y absolutamente son infalibles, entonces es irrefutable que no resultaría fácil discernir cuándo las nuevas expectativas son efectivamente impropias y cuándo son indicadores de la necesidad de cambios positivos y procedentes en las concepciones. En todo caso, quizá el convencernos de que el camino tradicional resulta insostenible, obliga a sopesar como mejor opción la expectativa ya ahora relativamente impropia. —La duda metódica de Bacon se nos antoja como un principio metodológico, como el organon, para colegir en busca de la verdad—.

De este modo, en busca de la tendencia que se perfila en las montañas cubanas, pudiéramos aceptar que estamos a las puertas de una nueva tendencia, si asumimos como paradigma reemplazatorio del que hasta ahora hemos sostenido, que **el montañés, junto con la montaña, han de evolucionar hacia la urbanidad propia de las ciudades.**

Si, por una parte, es un hecho que ya hoy la cuestión ecológica anatematiza tal tendencia, y que se impondrán, tal vez, las poblaciones de densidad moderada y de estructura mixta en lugar de las megalópolis ya conocidas (Laverde, 1992, p. 102); si, por otra parte, como ya hemos mostrado en páginas anteriores, la creación de condiciones plenamente urbanas en la montaña implicaría un costo económico tan sustancial que no podría ser revertido en manera alguna —tanto menos, si tenemos en cuenta las secuelas cuanto al

estilo de vida que van dejando en forma de actitudes y **expectativas impropias** que restan productividad al trabajo, que disminuyen la masa de fuerza de trabajo habitual, y que generan exigencias cada vez mayores de productos y de servicios ciudadanos en el montañés—; si todo esto así es, entonces es simple la deducción de que también las transformaciones en la montaña habrían de ser moderadas (de menor intensidad en el tiempo), y mixtificatorias (contentivas de elementos rurales al lado de elementos urbanos), a tono con la nueva tendencia poblacional de la humanidad.

Si condenar al montañés a un subdesarrollo eterno, conduciría a una emigración absoluta e incontenible que despoblaría en poco tiempo la serranía —aún cuando sea una realidad incuestionable que la emigración es un fenómeno multicausal, acaso oscuro (Rocher, 1977, p. 579), que no podría explicarse solo a partir de la realización o no de transformaciones—, parece que no queda otra alternativa que mezclar la población montañesa con la urbana, que “minar” inevitablemente la cultura montañesa pura, que “contaminarla”, sin remedio (y sin nostalgias), de la cultura urbana¹¹.

De esta suerte, nos vemos en otra encrucijada exigente de una resolución —más bien ante el mismo dilema — ahora enfocada de una manera más concreta, más tangible y manejable: o **asumimos al montañés con un estilo de vida semiurbano**; o, intentamos mantenerlo con estilos de vida **auténticos** a la manera como lo describimos en nuestra caracterización inicial..

La primera variante se impone, no solo discursivamente, sino también de manera fáctica a juzgar por los resultados de nuestra investigación sociológica, y la asumimos como la **tendencia principal** que se perfila en el estilo de vida serrano y que sugiere la adopción de un nuevo paradigma, de una forma nueva de sopesar las realidades; más aun, de proyectar nuestras aspiraciones . Algunos tozudos elementos amparan esta tendencia:

- Que los progresos en las vías y en los medios de comunicación enlazarían indefectiblemente, más tarde o más temprano al montañés y al ciudadano.
- Que en el acercamiento de ambas culturas la montañesa aspiraría, aún gradualmente, a la asimilación de la cultura urbana en abandono de la propia.
- Que la demanda creciente de productos propios de la montaña no podría ser enfrentada por la fuerza de trabajo montañesa ya limitada, no solo en sentido relativo —a causa de la emigración y de la insuficiente reposición debido a las nuevas ocupaciones que hallan los descendientes de los nativos montañeses—, sino también absolutamente debido al crecimiento desmesurado de las demandas de las ciudades en desarrollo vertiginoso.
- Que la misma circunstancia anterior genera la necesidad de “importar” fuerza de trabajo: EJT, estudiantes de centros enclavados en la montaña, movilizaciones contingentes, y otras formas menos usuales.

Todas estas razones pesan lo suficiente como para considerar que la resolución política es encomiástica en sí misma, y que tan solo en el sentido de la celeridad con que se hicieron las transformaciones, en la calidad abrumadoramente citadina de los cambios, y muy especialmente, en la espera de una continuidad imperturbable de la conducta montañesa tras estas medidas, puede estar lo reprochable de la decisión política asumida.

Cuando se culpa a los hombres de que disponemos en el sentido de que no son confiables para ciertas funciones o de que no son capaces de desempeñarlas, acaso no nos percatamos de que hemos diseñado

funciones no para los hombres de que disponemos, sino para hombres inexistentes, ideales, al menos en las cantidades que necesitamos para los problemas superlativos y artificiales que elaboramos. Enjuiciar al montañés como menos laborioso, y como más propenso a las facilidades y a las disipaciones propias de la vida urbana, no es solo injusto a partir de las causas lógicas —y a él no imputables— ya analizadas, sino también porque con ello nos sustraemos al rumbo general a que apunta el estilo humano de vida.

Pero aún cuando la conciencia de un cambio de paradigma pueda adquirirse y su puesta en práctica sea un hecho, es necesario tener en cuenta con integridad suma esta nueva concepción, es decir, **no pueden ser asumidos los paradigmas nuevos en un sentido y no en otro, o ser asumidos éstos de manera parcial.**

No debiera así ocurrir, que se produzcan transformaciones en la montaña de un lado, y que de otro se permanezca relativamente invariable en las concepciones y en las exigencias. El que no exista una correspondencia entre el desarrollo, por ejemplo del hábitat, y el desarrollo los medios y de los métodos de trabajo en la montaña, es una manifestación del carácter incompleto de las transformaciones, pero es inevitable que ciertos problemas insolubles de ello se deriven. Cuando transformamos al montañés, pero seguimos esperando de él lo mismo que antaño, hemos asumido parcialmente el paradigma que imponen el desarrollo y la civilización. Lo mismo sucede cuando el montañés continúa dependiendo de los mismos cultivos y de las mismas formas de su obtención. Con esto tiene que ver las posiciones harto objetivas que nos plantean los montañeses en las entrevistas¹². – Es probable que tipo cafetalero de producción, no mecanizable, exija de una clase de atención especial incompatible con la empresa de cultivos extensivos propias del llano y que se han extrapolado a la montaña; que los requerimientos de constancia, de dedicación y de esmero puedan ser garantizados solo en casos de pequeñas producciones atendidas por colectivos pequeños de trabajadores guiados por incentivos no presentes en la estructura de la gran empresa– .

La ciencia y la técnica parecían ser los **Mesías** de esta situación, pero sus límites para contribuir al desarrollo, que son ya manifiestos en las áreas metropolitanas, presentan aún mayores inconvenientes en la montaña¹³ donde, por demás, han llegado mucho menos sus efectos solventes y se demandan con más fuerza ahora, a partir de las expectativas en esta zona generadas, esto es, a partir de los patrones citadinos que se han sido inculcados lo mismo que asumidos.

El criterio para el desarrollo no puede ser el de llevar a cada punto del globo lo que en otro existe en desdén de las fuerzas naturales propias de la región asistida, máxime cuando se parte de un patrón establecido como cumbre y emblema de tal desarrollo. El criterio debe ser contribuir a que cada lugar se enriquezca de sus propias flores, propiciar que proliferen con fuerzas suplementarias y no alcanzables con los recursos propios de las poblaciones —al menos en un tiempo menos largo—, sus recursos autóctonos. Esto equivale a contribuir a potenciar sus fuerzas auténticas y legítimas, y nunca a sustituir los modos propios por otros extraños, acaso alienantes.

Enriquecer la práctica humana implica, sin dudas actividad, ensayos, acometividad. No puede triunfarse en empresa alguna si no se hacen los intentos necesarios. Ello está ineludiblemente precedido y mediatizado, por planes, por aspiraciones, por metas, por **expectativas**; también ellas son positivas en este sentido.

Más en cualquier caso, como toda superestructura social ha de asentarse sobre un conjunto de relaciones económicas ciertas y viables, resultaría poco probable que un enriquecimiento de la teoría filosófica y de la

práctica política pueda tener lugar sin contener fuertes alusiones enfiladas a refrenar hábitos, costumbres, propósitos, proyectos, expectativas montañesas, que no deben tener lugar en la montaña y que se generan a partir de las transformaciones realizadas de manera tan rauda.

Si la prisa excesiva por implantar, incluso en la montaña, los estatus sociales de que somos merecedores nos ha hecho aprovechar una coyuntura posible en que pudimos disponer de un monto elevado de recursos, se advierte que ya hoy no solo no es posible, sino tampoco aconsejable.

Para nosotros, de este modo, resulta inobjetable la necesaria racionalidad en las expectativas humanas y en la conducta social, como garantía de que nos propondremos siempre lo que debemos objetivamente, y de que esperamos de las personas justo lo que debemos esperar.

NOTAS

1. Los conceptos funciones manifiestas y latentes de Robert Merton: Las primeras relativas a las consecuencias objetivas para una unidad especificada (persona, subgrupo, sistema social o cultural) que contribuyen a su ajuste o adaptación y se esperan; las segundas, a las consecuencias inesperadas y no reconocidas del mismo orden. (Rojas, 1973, p.216) "***Manifests functions (intended consequences or consequences of which the participants are aware). Latent functions (unintended consequences or consequences of which the participants are unaware). The later may or may not be benefitial***" (Marshal, 1994).

2. Las tiendas de estímulo creadas para los recolectores de café mueven al montañés a la adquisición de ropas calzados y muchos otros artículos que otrora fueron casi exclusivamente opciones ciudadinas, incluyendo artículos para el hogar y materiales para la vivienda.

3. Entrevistas con vecinos, así como los resultados de las encuestas, revelan que ha habido choques entre los vecinos a partir de diferencias al preferir programas de radio y TV, en el tono de voz al hablar, en el lenguaje, en hábitos sanitarios, en culturas de preparación de la ropa, en el modo de vestir, y hasta en la forma de caminar. Los resultados de las encuestas arrojan una opinión favorable de los montañeses acerca de los vecinos procedentes de la ciudad en un 30%, aún así, en todo caso esto es una asimilación forzada por el montañés de rasgos urbanos, una expresión de que se transformando en un ente urbano en ese mismo grado.

4. En la localidad Madre Vieja de Sabaneta fueron construidas, para los obreros agrícolas de la granja, seis casas confortables con paredes de ladrillos, techo de tejas de asbesto y pisos de cemento, que no fueron aceptadas por los obreros. Se supone que nadie rechazase una nueva vivienda por preferencia de un bohío, sin embargo inesperadamente, acontece lo que hemos descrito. Es una prueba de que en los cambios por preferencia hay también inmanentes, transformaciones subjetivas sutiles, no esperadas.

5. Georg Simmel, especialmente en sus obras "*The Conflict in Mother Culture*" y "*La filosofía del dinero*", introduce los conceptos Cultura Objetiva y Cultura Subjetiva (individual). La primera referida a aquellas manifestaciones en que las personas producen (arte, ciencia, filosofía, etc.) Incluye elementos como:

- Herramientas
- Sabiduría tradicional
- Medios de transporte.
- Dogmas religiosos
- Productos de la ciencia
- Sistemas filosóficos
- Tecnología

- Sistemas legales
- Artes
- Códigos morales
- Lenguaje
- Ideales (Ej. La patria)
- Esfera intelectual

La cultura subjetiva (individual) es la capacidad del actor para producir, absorber y contribuir a controlar los elementos de la cultura objetiva. (Ritzer, 1993, p.305)

La masiva expansión de la cultura objetiva tiene un efecto dramático sobre el ritmo de vida. (Ritzer, 1993, p. 324) [Tomado de *La filosofía del Dinero* Madrid, 1976].

Simmel incluye elementos materiales en la cultura objetiva, pero la llama **objetiva** en la medida en que todos los elementos aducidos por él, ya sean materiales o espirituales, **constrñen** la cultura subjetiva individual. Difiere en esto de la concepción materialista marxista [Nota del autor].

6. De las entrevistas de la investigación sociológica hemos extraído la conclusión: "Se entraba al cafetal para comer, hoy se come para entrar; se entraba al cafetal para calzar, hoy se calza para entrar"; el cambio de status de vida en sentido progresivo, trae aparejado la aparición de dificultades sociales relacionadas con nuevas aspiraciones y exigencias, con la asunción de nuevos estilos de vida.

Los entrevistados coinciden en exponer quejas y demandas originadas solo a partir de la constitución de las comunidades en cuestión y presentan escasas o ninguna diferencia de las puramente urbanas.

7. <<La cultura objetiva crece, en primer lugar, con la modernización>>, asegura Ritzer siguiendo a Simmel. Más adelante lo cita en los términos siguientes:

Cada día y en todas partes, la riqueza de la cultura objetiva se incrementa, pero el entendimiento del individuo puede enriquecer las formas y contenido de su propio desarrollo solo distanciándose aún más de esa cultura y desarrollándose a sí mismo a un ritmo mucho más pausado (Ritzer, 1993, p.316) [Tomado de *La filosofía del Dinero*. Madrid, 1976].

En un sentido ideal la cultura individual modela y es modelada por la cultura objetiva. <<Ellos (los elementos de la cultura) adquieren identidades fijas, una lógica y una razón de ser propias; esta nueva rigidez los distancia inevitablemente de la dinámica espiritual que los creó y que los hizo independientes>>. [¿Qué sucederá cuando les son impuestos desde fuera!, preguntamos nosotros]

La existencia de estos productos culturales entra en contradicción con los actores que los crean porque son ejemplo de <<el profundo extrañamiento o animosidad que existe entre los procesos orgánicos y creativos del alma y sus contenidos y productos: la vida inquieta y vibrante del alma creativa, que se desarrolla hacia los contrastes infinitos con su producto fijo idealmente inalterable y su misterioso efecto de retroalimentación, que lo detiene y hace rígida esta vivacidad, sin embargo.

Con frecuencia parece como si un movimiento creativo del alma estuviera <<muriendo desde su propia producción>>. (Ritzer, 1993, p.305) (Simmel, 1918/1971, pp.11-25)

8. Los entrevistados, especialmente administrativos, los técnicos y dirigentes de Granjas y UBP opinan que todas la conductas no deseables de los trabajadores se debe a que han sido acomodados por las leyes y la política de la Revolución.

9. En este sentido las transformaciones socioeconómicas incompletas pueden ser también denominadas no

simultáneas (Nota del autor).

10. A un nivel muy específico, pero aparecen en la literatura científica situaciones análogas que nos invitan a adoptar una metódica al emprender innovaciones. George M. Foster nos dice lo siguiente:

Hassel I. Blair, una Dra. Norteamericana que trabajó con los esquimales en Alaska se enfrentó a dos dilemas presentados por la enfermedad del ekinocus, la etapa larval crítica de un pequeño gusano.

Esta enfermedad, prevaleciente en la Isla de San Lorenzo en el mar de Bering, se trasmite a través de los perros y el control efectivo de la enfermedad significa el exterminio de los perros. Pero, qué sustituto hay allí para ese tradicional medio de transporte?

También, dice la Dra. Blair: "Una interesante decisión que tiene que hacer un médico en las áreas donde la gente subsiste casi exclusivamente del pescado, es si debe preferir que la gente sufra de lombrices a causa de comer su carne cruda o correr el riesgo de que padezcan una deficiencia vitamínica si cocinan el pescado". Además, en áreas donde escasea el combustible, cómo podrán cocinarlo?" (Comunicación personal de la Dra. Hassel Blair). Obviamente una respuesta directa e inmediata a estas cuestiones puede hacer tanto daño como beneficio (Foster, 1966/1964, p. 120).

En otros casos el innovador debe ser lo suficientemente receptivo como para reconocer el problema del cambio más práctico o menos dañino, aun si es difícil determinar la mejor respuesta, también aconseja (Foster, 1966/1964, p. 119).

11. Hoy se habla de la **Prospectiva** como la ciencia que intenta superar la práctica corriente de atender los problemas y conflictos en forma de coyunturas, a corto plazo; de evitar el inmediatez como horizonte temporal de la acción y de asumir el mediano y largo plazo como criterio de la toma de decisiones en empresas, instituciones, países y en el plano internacional (Laverde, 1992, p. 102).

12. A la pregunta de si volveremos alguna vez a contar profusamente con cosechas tan propias de la montaña como la malanga, los campesinos opinan que no. Sus argumentos se basan en que eran cultivos obtenidos en tierras vírgenes que preparaban con ayuda del fuego. Que hoy no se puede quemar, pero con hacha y machete no es posible garantizar el trabajo.

13. Artículo de este autor *Hombre, montaña, ciencia y tecnología. Sin publicar.*

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- (Aron, 1967) En Max Weber *El Político y el Científico* Madrid 1967.
- (Aron, 1981) Raymond Aron en *Papers* Revista de Sociología, N°15. Ediciones Península, Barcelona 1981.
- (Dilthey, 1956) Wilhem Dilthey, *Introducción a las ciencias del espíritu* Revista **Occidente**, 1956, tomado de *Economía y Sociedad* de Marx Weber La Habana 1971.
- (E. y Des., 1972) Revista *Economía y Desarrollo*. La Habana 1972.
- (Engels, 1973) F. Engels en Marx y Engels *Obras Escogidas* en tres tomos, Moscú 1973.
- (Ervtis, 1991) Beatriz Erviti Díaz *Cambios en la década de 1980 en los asentamientos montañosos, su población y servicios, según rangos de tamaño. Pinar del Río, Holguín y Guantánamo*. CEDEM UH Cuba 1991.
- (FAO, 1993) *Examen anual* de la Revista FAO de la UNESCO 1993.
- (Fempress, Febrero-Marzo de 1996) *Fempress* Revista chilena dedicada a asuntos femeninos
- (Foerster, 1996) Von Foerster, Ver artículo de Edgar Morin En *El Correo de la UNESCO* Febrero 1996.
- (Frómota, 1995) Manuel Frómota en "Reflexiones", Separata del Boletín "*Problemas filosóficos*" de la SIFC, de la filial Gtmo.
- (Goffman, 1981) En *Papers* Revista de Sociología, N°15. Ediciones Península, Barcelona 1981.
- (Guevara, 1977) Ernesto Che Guevara *El Socialismo y el hombre en Cuba* en *Escritos y discursos* Editorial C. Sociales, La Habana, 1977
- (Laverde, 1992) Jairo Cesar Laverde en *Gestión tecnológica y competitividad. Estrategia y filosofía para alcanzar la calidad total en la gestión empresarial* La Habana, 1995
- (Lenin, 1981) *Obras Completas* Moscú 1981.
- (Marshall, 1994) Gordon Marshall *Oxford Reference. The Concise Oxford Dictionary of SOCIOLOGY*, N. York 1994
- (Marx, 1973) C. Marx y F. Engels *Obras Escogidas* en tres tomos, Moscú, 1973.
- (Marx, 1986) Carlos Marx, *El Capital* Edit. C. Sociales La Habana 1986.
- (Merton, 1964) Robert Merton *Social Theory and Social Structure* N. York 1964.
- (Mommsem, 1981) Wolfgang J. Mommsem en *Papers* Revista de Sociología N°15 Ediciones Península, Barcelona 1981
- (Morejón, 1991) Blanca Morejón CONFERENCIA MAGISTRAL *El Plan Turquino, proyecto de desarrollo integral: situación demográfica de partida y algunas consecuencias actuales sobre la migración*. Univ. Habana 1991.
- (PCC, 1997) Resolución económica del V Congreso del PCC. Granma 7 de Nov. De 1997 p.1).
- (Peraza, 1972, T. I, p. 276) V. M. Peraza *Algunos aspectos del movimiento obrero cubano*. La Habana 1972.
- (Ritzer, 1993) George Ritzer *Teoría Sociológica Clásica* Madrid 1993
- (Rocher, 1977) Guy Rocher *Introducción a la Sociología General* Edit Herder Barcelona 1977
- (Rodríguez, 1987) Pedro Pablo Rodríguez *La Primera Invasión* Ediciones Unión C. Habana 1987.
- (Rojas, 1972) *El funcionalismo en la sociología norteamericana* Ileana Rojas Edit. C. S. La Habana 1972.
- (Sánchez, 1971) Germán Sánchez en Max Weber *Economía y Sociedad* Edit. C. Sociales La Habana 1971.
- (Simmel, 1907/1978) Georg Simmel *The Philosophy of Money* Londres 1907/1978.
- (Simmel, 1976) Georg Simmel *La filosofía del Dinero* Madrid 1976.

- (Solari, 1953) Aldo E. Solari ***Sociología Rural Nacional***, Montevideo 1953.
- (UNESCO, Julio-Agosto 1994) (UNESCO, Septiembre 1994) (UNESCO, Junio 1995) Revista ***El Correo de la UNESCO***, fecha de referencia.
- (Vila y Casate, 1996) En ***Ecología y Sociedad*** La Habana, 1996.
- (Weber, 1971) Max Weber ***Economía y Sociedad*** Edit. C. Sociales La Habana 1971,
- (Whitehead, 1917/1974) Alfred North Whitehead ***The organization of thought, Educational and Scientific*** Westport, Conn.: Greenwood Press (1917/1974)
- (Worldwatch, 5, 1996) ***Worldwatch***, Revista de Ecología, edición en Español , N° 5 Octubre/Nov. de 1996,
- Favelo, 1996) José Ramón Favelo ***Retos al pensamiento*** La Habana 1996.
- Simmel, 1918/1971) Georg Simmel ***The Conflict in Modern Culture*** N. York 1918/1971.